

DEL PANORAMA MUNDIAL

LA CUESTION ROMANA Y LA CUESTION CATOLICA

¿Va a resolverse la cuestión romana? Por lo menos, vuelve a hablarse de ella. La polémica que ha sostenido en estos días L'Observatore Romano con Gentile y con Arnaldo Mussolini es instructiva y muestra cómo es posible ya una discusión oficial entre dos partes que, en el fondo, desearían entenderse, pero que están separadas por una cuestión de principios. El Estado fascista desea llegar a un Concordato o a un acomodamiento que permitiese convertir la antigua alianza entre el altar y el trono en una alianza entre el altar y el fascio, incorporando de esta suerte a su sistema al único poder existente en Italia que permanece independiente, aunque de hecho bien avenida con el régimen actual. Una sombra de poder temporal no le asustaría. El Pontificado, aunque no tenga prisa en resolver una cuestión que ha perdido su aspezo, quizá va ahora una ocasión propicia para robustecer la situación política del catolicismo en Italia y para dar una solución diplomática a esa situación de las dos Romas, que no se tratan, pero a las cuales la convivencia obliga a tenerse en cuenta mutuamente.

La cuestión romana no es ya un conflicto agudo, como en sus primeros tiempos. Se ha ido disolviendo en el tiempo. El tiempo ha madurado para la solución. Se ha espiritualizado; no tiene ya carácter de irredentismo de las antiguas provincias pontificales. El furo importa más que el hecho. Si fuera posible el caso inverosímil de un Gobierno italiano que llevara en una bandeja a los papales apóstolitos el acta de adhesión de los Estados de la Iglesia a los límites que tenían al subir al solio pontificio Pío IX, pondría en un serio compromiso a la Curia, no sólo por las dificultades y conflictos que la administración y gobierno temporal de estos territorios supondría para la acción espiritual de la Iglesia, sino por el conflicto con el sentimiento nacional de los italianos. La hipótesis, repito, es inverosímil. Si el poder temporal rescueta, no será más que una sombra, una fórmula, que no se diferenciará mucho del que ejerce el Papa sobre sus súbditos y servidores en los palacios que le ha reservado la ley de Garantías. En realidad, ya no se trata de una reivindicación territorial, sino de una reivindicación de principio y de tradición.

Ciertamente, la Santa Sede no puede aceptar la tesis expuesta de Arnaldo Mussolini en *Il Popolo Romano* de que la Italia fascista tiene todos los atributos necesarios para ser juez y fiador de la solución; ni la ley de Garantías ha hecho sus pruebas y el Papa no ha sido nunca tan libre como desde 1870. En parte, Gentile tiene razón; pero las garantías no han consistido en la ley, sino en la imposibilidad en que se veían los Gobiernos italianos de ensayar injerencias en la acción de la Iglesia sin provocar conflictos con los católicos de todo el mundo. Fue una potencia católica, Austria, la que ejerció el arcaico derecho de veto en una elección pontificia excluyendo al cardenal Rampolla, como en los tiempos en que las grandes monarquías católicas, España, Francia, Austria, sostenían una competencia política continua en torno a la Sede pontificia, procurando atraerla a su órbita temporal.

El Gobierno italiano no tenía más remedio que abstenerse, aunado caso de que hubieran sido otros sus deseos. La Santa Sede no le reconocía, y detrás de la Santa Sede estaba el mundo católico. Pero ¿se abstendría igualmente si se llegara a un Concordato de reconciliación y el Papa, con un poder temporal que en la

práctica sería un ensanche de los jardines del Vaticano, se encontrara en relación continua e inmediata con un Estado en cuya capital residía? Las dificultades de la cuestión romana no están hoy en Italia, sino en la catolicidad. En los hábitos artísticos de *L'Observatore* se toma en consideración este punto al recoger la frase de que el Papa no puede ser capellán de una gran potencia sin peligro de que surjan cismas, defecciones, Iglesias nacionales. Todo el esfuerzo dialéctico de estos artículos, escritos con una suave sagacidad de prelado romano, tiende a conciliar el aspecto internacional de la cuestión con el punto de vista italiano.

La cuestión romana es universal—dice—, pero no debe resolverse en un juicio internacional. La solución no ha de venir de la intervención extranjera, sino del sentido de rectitud y de justicia del pueblo italiano, aunque no se pueden menos de tener en cuenta las justas exigencias de los otros católicos no italianos.

Se le podría objetar a *L'Observatore* que dentro de la catolicidad no tiene sentido lo de intervención extranjera. ¿Son extranjeros los católicos no italianos? ¿Para la Iglesia no pueden serlo? *L'Observatore*, rechazando la hipótesis fascista, dice que al cabo de medio siglo nos encontramos en el punto de partida, como cuando se trató de imponer al Papa la ley de Garantías, y que cualquier tentativa de acomodamiento hecha unilateralmente por Italia fracasará, porque no tiene el beneplácito del que rigió el mundo católico y es juez supremo de las soluciones y de las garantías. Es la tesis opuesta a la de Arnaldo Mussolini. Según la una, el Estado fascista debe ser el juez; según la otra, el Papa; pero entre las dos tesis está la hipótesis conciliadora de que el asunto ha de ventilarse entre Italia y el Pontificio, sin intervención extranjera.

Por ahí asoma ese peligro de la capellanía pontificia apuntado por *L'Observatore*. Si la cuestión romana se resuelve y el Papa, dejando de ser el prisionero teórico del Vaticano, se convierte en el huésped, todo lo soberano que se quiera, de una gran potencia de tendencias imperialistas, ¿no se plantea la cuestión de la soberanía?

De los doscientos sesenta Papas, más de doscientos han sido italianos. Desde el siglo XVI, todos los Papas, con la excepción de Adriano VI, vienen siendo italianos. En el Sacro Colegio tienen constantemente mayoría los cardenales de nacionalidad italiana. Esta predilección tan marcada del Espíritu Santo habrá que explicarla por razones históricas asequibles al entendimiento humano; de no admitir que dentro de la cristiandad los italianos forman el lote escogido, el nuevo pueblo de Israel o la tribu de Leví. Infundió, sin duda, primeramente, el resplandor imperial de Roma, y más tarde, cuando se establece ya como una tradición o una norma tácita invariable la elección de Papas italianos, el recuerdo del gran cisma de Occidente y la lucha de las grandes potencias católicas para conseguir que el Papa fuese su capellán o, al menos, su aliado en las contiendas europeas.

Dividida Italia en Estados pequeños y débiles, los cardenales italianos parecían más independientes que los otros purpurados súbditos de los poderosos monarcas de España y Francia, o del emperador, y al mismo tiempo los más experimentados en los asuntos de la Curia y en el gobierno político de la Santa Sede, por su asistencia continua en Roma, a diferencia de los purpurados extranjeros, digamos como *L'Observatore*, atraídos por las brillantes Cor-

tes de sus soberanos. No se evitó, con todo, que las grandes familias pontificales y patricias de Roma, influyentes en los Conclaves, entraran en la clientela de las potencias rivales; pero en una época de monarquías absolutas y regalistas, un Papa italiano parecía más católico, más universal, que un Papa español, francés o austriaco.

Ahora, la situación de Italia es otra. Es una gran potencia europea, que sueña a veces con la loba romana, y la mayor de las potencias oficialmente católicas, puesto que Francia es laica; pero los otros católicos del mundo forman la mayoría de la catolicidad. El Pontificado reconciliado con Italia y dentro de Italia estaría más expuesto a la influencia de este ambiente temporal y político que el Pontificado en la actitud de gestación y apartamiento que mantiene desde 1870. Para evitar que, resulte la cuestión romana, se planteara la cuestión católica, sería menester abandonar esa tradición de Papas constantemente italianos y del Sacro Colegio dominado por italianos, que ya dura demasiado, y dar a las elecciones pontificales el carácter universal e indistinto entre los papables de los diferentes pueblos cristianos que corresponde a la catolicidad. En suma: catolizar la Iglesia italianizada.

E. GOMEZ DE BAQUERO (Prohibida la reproducción.)

Becas vacantes en Salamanca

El Patronato Universitario de Salamanca anuncia ayer en la "Gaceta" las becas que están vacantes en los Colegios Universitarios y las condiciones para obtenerlas. Las instancias se presentarán en el plazo de veinte días, dirigidas al rector de la Universidad, presidente de la Junta de gobierno, acompañado de los señores de la Jefatura de buena conducta, y si son sacerdotes certificación del Obispo; certificación que acredite la contribución que por todos conceptos pague: al Tesoro los padres de los aspirantes, expedida por la Administración de Hacienda de la provincia; hoja de estudios y cédula personal.

En resumen, las becas anunciadas son las siguientes: una del Colegio de Santa María, y todos los Santos, para naturales de los pueblos de Alarcón y Torralba, de la provincia de Cuenca.

Una del Colegio de Santa María de Trilingüe, para la Facultad de Letras, para jóvenes de cualquier naturaleza, y edad.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Una del Colegio de San Pedro de Alcantara, para la Facultad de Teología, que se proveerá en un sacerdote o joven soltero pariente del arzobispo Calizares, de la ciudad de Alarcón o de las diócesis de Santiago y Salamanca.

Personalidades contra escuelas

He leído y releído saboreándome, querido Alberto Hidalgo, su carta de agosto. Me ha complacido tanto, que se la correspondo por medio de las gacetas. Me da usted en ella prueba de genuina estimación al considerarme digno de sus verdades. Tal vez usted suponga que estas verdades puedan tener para mí el amargor del álter, y considera heroico el decirme las y aun el que yo las escuche.

No, Hidalgo; lo único amargo y despreciable es la mentira. Con respecto a mí, prefiero los iconoclastas a los imitadores. La verdad de usted puede no ser la mía; eso es todo. Usted me dice la verdad literaria; mí la adopté usted—hasta cierto punto nuda—por suya. Usted, si no me engaño, fombonizó de lo lindo.

Pero usted pertenece a otra generación que yo. Otras influencias completaron su formación literaria, sacó usted de su propio seno la sedn como el gusano que la cria; su sensibilidad expresiva ha alcanzado el vigor y la novedad maravillosos que podemos admirar en los poemas de "Química del espíritu" y en la prosa de "Los sapos".

Blonde usted ahora contra mí—esa metáfora resulta quizá excesiva—esa mutua acerada prosa de usted, daga, cuya empuñadura ha sabido dominar, con un huir maestro. ¿Por qué extrañarnos, si lo vemos en Renán, de que el iniciado hunda su acero en el pecho del iniciado? Usted dirá que yo no lo he iniciado en ningún misterio, y su negativa encerrará más realidad que mi afirmación. Pero, ¡carabambá, Hidalgo, yo necesito llamarle a usted cualquier cosa, aunque no sea más que asesino.

Existió además otra causa, una causa impersonal, para el desvío: el eterno pleito de las generaciones. "¡Ahí los viejos, los imbeciles!" gritan los que ascienden, como las tropas de Córdoba en Ayacucho, a paso de vencedores. "¡Disparatados audaces!", musitan los que bajan, ya desilusos.

Uno y otro bando se apedrearán sus procreancias. ¿Cuánto diern yo por proximidad de esa pasión de injusticia! Me libraré de considerarlo inferior a mi generación, que produjo en América y en España tantos hombres de primer orden, a la generación que cuenta a usted y a Alberto Guillén en el Perú; a Ricardo Güiraldes, a José Luis Bages, en Argentina; a Carlos Pellicer, a Luis Cardoza Aragón, en México; a Ernesto Giménez Caballero, a Antonio Espina, en España, y a otros no inferiores a los citados, en diferentes países de nuestra única, amada y católica lengua.

Hay con todo una pequeña diferencia. Nuestra generación ha cumplido su esfuerzo y cuajado en obra. La obra de que ustedes sean capaces apenas se vislumbra; late en potencia. En verdad, no han tenido tiempo de realizarlo. No se precipiten, pues, a depreciar lo que no pueden todavía sustentar.

Otra diferencia podría haberse aludido de usted, Hidalgo, el antagonismo entre la literatura de escuelas que usted representa y el arte libre, personal, sin adscribirse a teorías ajenas.

En cuanto a la crítica que hace usted de "La mitra en la mano", y en general, de la novela anterior a la guerra, permítame cuatro palabras. No defenderé mi libro. ¿Para qué? Bástame con saber que a usted no le gusta. Pero hablémosle un poco.

"El asunto es vulgar." No lo crea usted, Hidalgo; no existen asuntos más vulgares que éstos. Todo depende del artista. La historia de un niño en la cabeza de un tiño puede dar origen a un poema sublime o a una novela idealista. ¿A qué debemos la "Lifada"? A una historia de cuernos, al más vulgar adulterio.

"El estilo se fue aflojando..." Conque el estilo decayó pasado el primer capítulo? El primer capítulo es de exaltación lírica. ¿Quería usted que continuase así toda la novela? Entonces habría hecho un poema, no una novela, o habría hecho una novela poética. De eso para intonso discípulos de Chateaubriand... o del Sr. Giraudoux.

Cada escritor de raza posee, aunque no haya pensado en ello, un personal e instintiva estética. Creo que un novelista debe dar, si puede y el asunto lo permite, la nota lírica, la nota épica, la nota llana, aun la nota vulgar, para remontarse de nuevo hasta donde le permitan sus alas. Si toda "La mitra en la mano" hubiese conservado el tono lírico, equivaldría a un banquete en donde no se sirviese más que merengues. Faltarían

los entremeses, una sopa de crema, unos langostinos en salsa tartara, unos espárragos, una buena lonja de rosbif desazonado, aves, ensalada... Todo ello, regado con un claret "chablis" y un avigador "chambertin". Y luego, para concluir, el pudín de manzana, el queso, las "fríasidises", las frutas, el café, los licorosos... Eso se llama una comida.

¿Ibanos los novelistas a ser menos que los pintores? Los pintores, si colocan todos sus figuras en el mismo plano ni usan de un solo color. A veces, hasta emplean pocos colores; pero, capciosos, van degradando; y están con la virtud de que sean capaces. Así los que novelan.

¿Estilo flojo, eh?... Oiga usted al maestro Gómez de Baquero: "Sebreale "La mitra en la mano" en la elegante y pura concisión del lenguaje, lleno de brio y de gran eficacia expresiva. Es un estilo novelesco sin ripios." ¿A quién creer? ¿De parte de quién inclinarse? No supondrá usted que linjo si le aseguro que en esta ocasión me cuesta menos trabajo pararme por Gómez de Baquero.

El asunto, si se le mira más fijamente, rebasa los límites de un caso personal. A un crítico español le parece bien lo que parece mal a un crítico americano. Luego la misma lengua nos sirve a maravilla para no entendernos.

Caso de recíproca incompreensión, como el de aquellos dos cazadores sordos que se repetían la misma cosa, sin sospecharlo: —¿Va usted de caza? —No, voy de caza. —Dispense; supuse que iba usted de caza.

Diciéndonos las mismas cosas, en la misma lengua, no nos entendemos. La historia de los escritores españoles no será la última confirmación de esta verdad ajena. ¿Qué ha ocurrido con estos meridionales? Casi nada. De un lado, imperialistas que ignoran que lo son, y que, súbditos sumisos de París y Berlín, aspiran a ser reyes—y reyes absolutos—de América. ¿Como si todos no tuviésemos cuatro patas y no pudiésemos ir a beber en las mismas fuentes! Del otro lado, manumisos que no saben reír e insultan sin motivo a los señores de quien veneraron ayer no más el látigo negro. Entre esclavos y señores, yo me quedo siempre con los señores.

No nos defendamos. Hidalgo. Retrovénganos a "La mitra en la mano". Dice usted: "La psicología es una de las basuras del siglo anterior, ya definitivamente barridas del arte." Permítame que sonría de modo imperceptible.

El hombre es una animal inteligente, aunque a veces, sobre todo cuando ejerce de crítico, no lo parece. Lo inteligente no resulta en el secundario, como el ser doli-cocéfalo o blondo o braguicéfalo y moreno; es lo esencial. El griego se distingue por su inteligencia; también por la inteligencia se distingue el persa; y el griego, y el botocudo. La diferencia de cerebros entre esas razas es de cantidad, no de calidad.

Siendo, pues, el hombre animal racional, animal de prevaleciente psiquis, nada añadido al hombre, ni la historia, ni el arte; nada, ni siquiera el movimiento de párpados de un niño, deja de obedecer a motivos psicológicos. La psicología no puede ser barrida por unos cuantos jóvenes entusiastas y charchareros.

Usted habla como habla, y no me extraña. Lo comprendo muy bien, y estamos de acuerdo. Usted se refiere a la "psicología", llámémosla así, de algunos novelones y autores finiseculares: a la "psicología", por ejemplo, de ese horrible Marcel Prevost, ¿no es eso?

Por lo demás, vea usted a Proust, hombre genial, muy siglo XX. Toda su obra es psicológica pura. ¿Ha creído usted, querido Hidalgo, que el arte vaya a deshumanizarse? Espere. Ya se humanizará de nuevo. Lo más interesante para el hombre es el hombre mismo. Y nada que el hombre crea puede considerarse en absoluto como deshumanizado. La solita de un capitel, el asa de un ánfora, una simple línea recta, están llenas de espíritu humano.

¿Formas abstractas? Contrariadas. Ilusión de unos cuantos escritores inspirados en unos cuantos pintorcillos. Teorías desvanecidas, apenas formuladas. Las formas abstractas nos conducirían a las candideces ornamentales de los primitivos aztecas: la sierpe inconclusa, la rosa que no lo es, la curva indecisa de ingeniosos cera-

mistás. Fuera, decoradores de charvería. Mire a dónde nos conducen "La mitra" de mi obispo y las objeciones de usted.

A ver, Hidalgo: ¿qué sucede? ¿Por qué no le gusta la obra? ¿Es cuestión de moda o de efectiva inferioridad de "La mitra en la mano"? Fuese esto último, y no habría sino resignarse: todo el mundo puede tener un tropezco y hasta alguna caída. A recomendar, pues; a ver de superarse en la obra propia. Si lo conseguimos, bien; si no, ¡cataplum!, se trata de la "deconstrucción" definitiva.

Pero ¿y si no se tratase de resbalón alguno, ni menos de nuestra absoluta bancarrota, sino de que nos sobrevivimos y estamos pasados de moda? Drama nuevo e inesperado. Drama nuevo, pero no sin salida.

El autor no es caso único de supervivencia. Sus contemporáneos también sobreviven y circulan por entre los apóstoles de la nueva estética. La voz del viejo autor hallará siempre eco, aunque atenuado, entre los suyos. Y hasta pudiera suceder que ese eco no fuese demasiado tenue ni el círculo de los supervivientes tan restringido. Hasta pudiera suceder que sólo una minoría de audaces gritos normase lo que suponemos el nuevo ambiente social o literario, el universo nuevo. Somos, tal vez, numerosos. Podemos defendernos. No hay que echarse a temblar. Los benditos se imponen—y los revolucionarios también—por la violencia propia y la timidez ajena.

Seguiré charlando con usted, Hidalgo, con presencia del caso concreto de mi libro.

R. BLANCO-FOMBONA (Prohibida la reproducción.)

Confidencia del señor Usabiaga

En la Casa del Libro explicó ayer su segunda conferencia el ilustre ingeniero D. Juan Usabiaga, que habló sobre "Fundamentos de Radiotelegrafía".

Con elocuencia y con autoridad de ingeniero profesional, el señor Usabiaga fué refiriendo las progresivas experiencias e investigaciones que eminentes hombres de ciencia verificaron hasta descubrir la frecuencia de las ondas, ensayos que culminan en Hertz, primero que en electricidad aplicó estos valores.

Expuso después los recursos empleados por el hombre en los laboratorios de física para descubrir los colores, los perceptibles por los sentidos, y la exacta medición de las ondas luminosas y de las electromagnéticas, a aprovechando las interferencias, hasta conseguir pasar en fórmulas matemáticas todos estos valores.

Explicó la imposibilidad de utilizar las ondas amortiguadas en radiotelegrafía por falta de soporte, y demostró la producción de ondas continuas, en rotatorias, que se transmiten por la transmisión de la palabra a grandes distancias.

Toda su disertación estuvo llena de amenidad y citas curiosas, y al final fué el Sr. Usabiaga muy felicitado y aplaudido.

EL MUTISMO DE LOS INDIOS

BARCELONA 22 (1.30 m.) — Comunican de Port-Bou que entre un matrimonio indio que forma parte de una familia que va a actuar en Barcelona, se ha desarrollado un sangriento suceso. La esposa agredió a su marido con un cuchillo de grandes dimensiones, atravesándole el brazo derecho y el pecho.

El indio, al ser interrogado sobre el autor de las lesiones, dijo que los indios nunca dicen quién los ha herido. (Fébus.)

HORARIO AVISOS AL VIANDANTE Y BAILARINAS NEGRAS

Las elegancias del decir se adquierien en los parques, y, sobre todo, en los parterres. La ciudad se ha llenado de avisos a los peatones, palabra de la que protestaríamos si hubiese algún sitio en que protestar contra las palabras que ofenden al ciudadano.

"El que suscribe"—comenzaría nuestra protesta—, con cédula personal de una clase que es superior a la que le corresponde, ante vención, con el debido respeto, expongo que no es peatón en ninguno de los conceptos de la palabra."

En el viejo Parque del Retiro, que está lleno de tarjetones titulares del pasado, con avisos a los señores ciclistas, hay dos o tres tarjetas azules del jardín en que se anuncia que aquel no es paseo para los viandantes.

¡Viandantes! Ahí está la palabra, que se ha podido recoger en el Retiro para estamparla en la ciudad. Todos hubiéramos estado orgullosos de ser viandantes, como si eso fuese más novelesco que patones, y hasta transeúntes, que también tiene algo de respectivo. En el pueblo de Don Quijote, lo de viandante no hubiese atañido a todos, sin perder categoría, sino más bien mejorando de ella; pero eso de peatones nos convierte en peones, gentealla de más o menos que anda a pie, piezas de ajedrez movidas a capricho.

He hablado con un viajero que viene ahora de la capital de la Nigricia y que me ha dicho que todas las negras de por allí se quieren venir a Europa a eclipsar a las blancas y a poner en nuestros días claros una sombra espesa.

Todas las negras compran grandes baúles de mimbre, malmelines, telas escocesas, faldas a cuadros, bolsillos de cuélgua y péndulo, sombrillas de tiro al blanco, anillas de cortina, zapatos color avellana, medias color fresca, etc., etc.

Todas piensan bailar en Europa el baile del dolor de tripas combinado con un cólico nefrítico y complicado con dolores reflejos en la región cervical. ¿Tantas veces entraron en convulsiones de esa especie!

Su ilusión es tener gabinete con espejos, jaulas doradas, cismes de porcelana, muebles dorados y un gato de porcelana, de esos que se les encienden los ojos.

En último término producirá una de las inundaciones más difíciles de cortar.

GREGUERIAS Los pájaros están cambiando de plumaje, y no es raro encontrar por los caminos alguna pluma caída, como si pidiese la firma de un autógrafo y de un pensamiento.

Por qué se interrumpen los "cines" hasta tan tarde? Porque hay que dar tiempo a que las estrellas cenen en los Ritz y los Carlton.

Una buena teoría médica que yo inventaría es la de que todo consiste en tragar saliva en los momentos oportunos. Sólo con eso, hecho con suerte, se podrá salir o no salir del conato de algo grave o pasajero.

Muchas veces nos dan mancos con febre; pero nosotros guardamos el secreto de esas manos.

Los cuellos almohadados quieren irse al cesto de los papeles; pero se van al cesto de la ropa sucia; sobre todo, los de pajarita, que son dos tarjetas de visita stamessas.

Hay cadenas de reloj que quieren ser empujadas inmediatamente. Los hijos de los que las lucen les darán ese gusto. ¡Pero cuántos años esperando!

Ramón GOMEZ DE LA SERNA (Prohibida la reproducción.)

Los mineros aceptan la fórmula

OVIEDO 22 (12 n.) — Se ha celebrado el "referéndum" en la cuenca minera, y la mayoría ha aceptado la fórmula propuesta por el gobernador para resolver la huelga general.

Mañana se reunirá el Sindicato Minero para proceder al escrutinio, y el lunes, probablemente, se reanudará el trabajo en las minas. (Fébus.)

Funerales por D. Saturnino Lafarga

BILBAO 22 (4 t.) — En la iglesia de San Vicente se han verificado esta mañana los funerales organizados por la Asociación de la Prensa a la memoria del ex director de "La Tarda" D. Saturnino Lafarga. Con tan triste motivo se han puesto de relieve las muchas simpatías con que contaba el finado en todas las clases sociales.

Asistieron el gobernador civil, miembros de la Diputación y numeroso público. (Fébus.)

DIPUTACION PROVINCIAL

El Servicio de Incendios en los pueblos de la provincia. Ayer facilitaron en la Diputación la siguiente nota: "En repetidas ocasiones se ha dirigido esta Diputación a los Ayuntamientos de la provincia para que manifestaran si están dispuestos a cooperar al establecimiento del Servicio de Incendios, ya habilitando en lugares estratégicos de cada término municipal los depósitos de agua necesarios, o ya participando, si proyectaban adquirir material para este objeto, a fin de que hubiera unidad de acción y quedara convenientemente concertada la organización y régimen de este servicio. Como resultado de este momento son contadísimas las contestaciones recibidas, la Diputación considera su deber hacerlo público, justificando así su vehementemente deseo de organizar tan importante servicio, aun dado su carácter municipal, pero que precisamente por causas imputables a los propios Municipios no puede tener realidad inmediata."

FOLLETONES DE "EL SOL"

EL PODER SOCIAL POR JOSE ORTEGA Y GASSET

23 DE OCTUBRE DE 1927

Si se quiere hacer con algún rigor la topografía del poder social en España, su reparto entre las clases y apreciación. Me refiero a la Iglesia, es decir, al clero. Las causas de esta dificultad son muchas; mas yo encuentro que la primera de todas consiste en nuestra ignorancia del efectivo papel que la Iglesia juega en la dinámica española. El extranjero que viene a estudiar nuestra nación llega con la idea estereotipada de que la Iglesia domina completamente la existencia peninsular, como en el Tibet o en Arabia. Si es perspicaz, comienza a dudar. Preguntando a unos y a otros consigue únicamente hundirse más en su perplejidad, sacristía o de casino radical. Es lamentable que nadie de tan importante cuestión. En primer lugar, habría que distinguir, como en una serie de círculos concéntricos, la cantidad del influjo religioso, del influjo católico y del influjo clerical. Luego de venir a un acuerdo sobre la importancia indudable de este último, conven-

propio influjo sobre la sociedad, recurre al Poder público a fin de multiplicarla aparentemente. Por su parte, el Poder público, en virtud de motivos que no es oportuno enumerar, acepta muy a gusto esa tutela; pero careciendo el clericalismo de fuerza suficiente para sostener las instituciones, viene con él a un acuerdo tácito, según el cual se establece cierta dosis de legislación liberal, determinada de una vez para siempre, carne que se echa a las fieras, y se organiza al mismo tiempo la resistencia desde arriba a toda posible ampliación y progreso de ese régimen libre.

La cuestión es gruesa, y para hablar de ella con alguna precisión fueran menester muchos párrafos. Si he subrayado la coexistencia de la intervención clerical en el Poder público con una legislación liberal, no es porque me parezca el aspecto más sustantivo del problema, sino por ser aquel el que la contradicción es más visible y notoria. Lo que yo diría si hubiese de expresar íntegramente mi pensamiento sería cosa muy distinta, más compleja y más grave. Pero ahora sólo pretendía llamar la atención sobre lo difícil que es, contra las opiniones corrientes, evaluar la fuerza efectiva de la Iglesia en nuestro país. Sin esta precaución parecería demasiado caprichoso decir que el clero en España no tiene apenas poder social. A priori hubiéramos dicho que sí y le habríamos atribuido un coeficiente de él casi tan grande como al político. Pero ahí está: no ocurre tal. En el caso del clero vemos bien que son cosas diferentes el poder social y lo que no lo es. El clero influye mucho en la vida española; sin embargo, el cura, y aun el alto dignatario eclesiástico, "pintan" poco en nuestra convivencia social. Se advierte que en otro tiempo gozaron de enorme predicamento, y podemos señalar con el dedo los residuos. En algunos publicitos de reducido vecindario—sobre todo,

en el Norte—, tal vez en alguna capitalita de provincia, el clero posee aún vestigios de su antiguo esplendor social. Pero estos residuos quedan tan localizados, que más bien subrayan su desaparición del gran cuerpo nacional. En cambio, el sacerdote, el fraile, el obispo, gozan de brillante situación dentro del grupo clerical. Esta es, a mi juicio, la nota que más se aproxima a la verdad: tienen gran poder de grupo, pero no social. Su predicamento está taxativamente limitado por los ámbitos de un partido, y si dentro de él hacen la lluvia y el buen tiempo, fuera de él, en el aire libre de la sociedad nacional, apenas si tienen papel. Esta desproporción entre lo mucho que son dentro del grupo bello y lo poco que son puestos a la intemperie plantea a los obispos una insospechada dificultad: la dificultad de los gestos. Como suelen vivir recluidos dentro de su episcopado, en el pequeño mundo de la beatitud profesional—y no se presume ánimo despectivo u hostil bajo esta denominación—, se habitan a ciertos ademanes y talles que no pueden transportar más allá de la frontera de su insula. De modo que los discretos necesitan emplear dos repertorios distintos de gestulación. Cuando por azar se filtra un gesto de episcopa y monjil más allá de su territorio y cae sobre el gran público, la reacción de éste, su sorpresa y extrañeza miden exactamente la diferencia que hay entre el poder de grupo y el poder social. En cambio, un político puede hacer los gestos que quiera: como individuo nos parecerá un mentecato; pero no extraña, no sorprende, su aire de "personaje". Porque, en efecto, queramos o no, el político es en España un personaje, y hasta puede decirse que no hay entre nosotros otro modo normal de ser personaje que ser político. (Ya veremos las deplorables y múltiples consecuencias que esto trae.) Tampoco del sacerdote, del fraile, del obispo, habla con frecuencia la Prensa, y nadie podrá en serio atribuirlo a

hostilidad de los periódicos contra el clero. El periódico puede matizar su favor, pero no puede vivir sin aceptar la realidad social, y como hablan todos los días del político enemigo, podían, si hubiera caso, habituarnos a nombres de curas, de frailes y de obispos. En cambio, si un obispo ejecuta actos políticos, inmediatamente le encontramos cada lunes y cada martes en las columnas de los rotativos.

Y ruego al lector anticlerical que no me apunte en el haber lo antedicho como alarde de anticlericalismo, en cuyo caso me repugnaría por lo que tuviese de alarde y lo que ostentase de anti. Es prescripción elemental del oficio de escritor no prestar servicio a ningún partido y evitar el apoyo inhumano de todos ellos. Es una prescripción y no lo contrario, una pretensión que quepa tener o esquivar. (Lo inhumano, bien entendido, no es el partido, sino su apoyo al escritor. El escritor tiene que vivir sin apoyos, en el aire, intentando ilusoriamente asociarse al pájaro del buen Dios y al arcángel, especies ambas con pluma y régimen aerostático.) Déjesele en la limpieza y humildad de su oficio: mira en torno el mundo, oye lo que dicta el hecho

E quel che ditto va significando. Nada más. Esta advertencia, ajena a nuestro asunto, nos reintegra en el invitándonos a pensar sobre cuál sea el poder social del escritor.

José ORTEGA Y GASSET (Prohibida la reproducción.)

Este número ha sido revisado por la censura